



Tribuna

## El cofre de sándalo

Por SARA VIAL



También pude llamar a esta columna el Paraíso Perdido, porque viajamos en procura de él hace sólo una semana, y ése es, además, su nombre oficial. Pero para nosotros fue más que eso, fue un cofre de sándalo que se nos abrió de pronto y nos dejó el alma traspasada de un aroma a fine madera recuperada y perdida, que de todos modos, sólo podía provenir del tronco mismo de un árbol del jardín del Edén.

Les hablo, ciertamente, del Paraíso Perdido de Enrique Lafourcade, ese Paraíso que pocos imaginan nacido de sus manos, que es más fácil ver en el oficio periodístico, refulgente pero fugaz, o en la polémica, más fugaz todavía. Porque lo permanente de un escritor está en sus paraísos interiores (y no hablamos de infiernos o demonios, que ya prosperan demasiado) y en esos especios de intimidad verdadera que crea para sí mismo o para otros. El Enrique de afuera, no tiene nada que ver con el que entrega martes a martes, en medio del ajetreo lejano de la ciudad, su paloma y su olivo dentro del Arca, a quienes supieron traspasar el umbral.

Para nosotros, esa sorpresa reservaba el entorno de la Plaza del Mulato Gil, pequeño oasis calido como un paracaídas sobre la capital del país, semiescondido con sus helechos y sus poetas.

Cuando el director del taller literario y dueño de la llave, (porque se trata, de su taller) abrió la puertecilla, igual a cualquiera, sentí como si todo ese grupo sonriente de alumnos del Paraíso, fuera -y fuéramos- un montón de niños un poco disfrazados de adultos, esperando se les facilitara el acceso al cuarto misterioso de la niñez. Aquél que siempre existió de algún modo, en habitaciones perdidas, o en mansardas o desvanes de los que

gusta inspeccionar a los niños y que por conservar cosas de otro tiempo, olvidadas o ya sin uso, se conservan cerrados a su curiosidad. Horror de la edificación moderna, donde ya no caben estos cuartos de sueños misteriosos, para siempre perdidos en las viejas casonas que se los llevaron navegando hacia la nada. Pero la puerta se abrió y bajamos de nuevo unos peldanos que ahora eran como el acceso a la bodega de un barco, un entrepuente, una taberna de Valparaíso, aún a oscuras.

Al encender la luz, desde la pared primera nos recibe, no un ángel vengador, sino un ángel de cuatro años, sin espada encendida, pero lleno de rizos bajo la capellina con flores. La propia Shirley Temple, la Estrellita del faro mirándonos con los ojos de Heidi desde el inmenso fotomural. ¡Un angelito de Dios para un paraíso lejos de las serpientes!

Zócalos, libros, antigüedades, fotografías sin tiempo, tulipas, clima pensativo de presencias invisibles, una lámpara de luz baja, sobre la mesa y muchas sillas semisecretas, ordenadas, esperando.

Escritores hay, creadores de atmósferas. Lo fue Neruda. Lo es Enrique Lafourcade. Poseen el secreto de regalar lo que no se mide con ninguna vara.

“¡Bienvenida al Paraíso Perdido!”.

Y fue verdad. Volamos con el pato silvestre de Nils Holgerssen, traspusimos el espejo de Alicia. Y conocimos a ese solidario grupo humano, que se descuelga del mundo cada semana y se va por el lápiz como por el sendero del mago de Oz, hasta el minuto en que la puerta del cofre de sándalo se abre y retornan, hasta el martes siguiente, a lo que está allá afuera, y se llama, de algún modo, la realidad. Aunque ella, también conquistada, se queda, en verdad, adentro.

# El cofre de sándalo [artículo] Sara Vial.

Libros y documentos

## AUTORÍA

Vial, Sara, 1927-2016

## FECHA DE PUBLICACIÓN

1993

## FORMATO

Artículo

## DATOS DE PUBLICACIÓN

El cofre de sándalo [artículo] Sara Vial. retr.

## FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

## UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)